

## LIX

El conde Roldán se ha oído nombrar; entonces habla como un caballero debe hacerlo:

-Señor padraastro: A fe mía que os quiero. Me habéis elegido para la retaguardia. Carlos, el rey señor de la Francia, no perderá, lo creo, aquí ni palafrenero, ni caballo de batalla, ni mulo ni mula, caballo de silla ni caballo de carga que no haya sido disputado por la espada.

-Verdad decís, bien lo sé -responde Ganelón.

## LX

Cuando Roldán escucha que ha de quedarse en la retaguardia, dice irritado a su padraastro:

-¡Ah, truhán! ¡Hombre malo, de mal linaje! ¿Habías tú creído que dejaría yo caer el guante a tierra como tú lo hiciste ante Carlos con el bastón?

## LXI

-Alto emperador -dice el barón Roldán- dadme el arco que tenéis en el puño. Nadie podrá reprocharme, así lo creo, el haberlo dejado caer, como hizo Ganelón con el bastón que acababa de recibir su mano derecha.

Cabizbajo está el emperador. Se alisa la barba y se atusa el mostacho. Lloro, no puede contenerse.

## LXII

Se acerca entonces Naimón. Mejor vasallo no hubo en la corte. Dice al rey:

-Ya lo oís. El conde Roldán está poseído de cólera. Helo aquí elegido para la retaguardia, y no tenéis barón alguno que pueda reemplazarle. Donadle el arco que vos habéis tenido, y buscadle gentes que puedan asistirle.

El rey le ofrece el arco, y Roldán lo ha recibido.

## LXIII

El emperador dice a su sobrino Roldán:

-Sobrino, buen caballero. Bien lo sabéis. La mitad de mis huestes os ofrezco y os dejaré. Retenedlas, es vuestra salvación.

-Nada quiero de ellas -dice el conde-. Dios me confunda si desmiento mi linaje. Me bastan veinte mil francos bien audaces. Vos cruzad tranquilo los puertos. Harfais mal en temer a nadie mientras yo viva.

## LXIV

El conde Roldán ya cabalga en su caballo de batalla. Hacia él vienen sus compañeros Oliveros y Garín, y Gerer, el valeroso conde. Vienen también Atón y Berenguer. Y Ástor y el viejo Anseis. Y Gerardo de Rosellón, el altivo, y el rico duque don Gaiferos.

-¡Por mi cabeza -dice el arzobispo-, que yo también voy!

-¡Y yo con vos! -dice el conde Gualterio-. Fiel soy a Roldán, y no debo fallarle.

Y entre todos escogen a veinte mil caballeros.

## LXV

El conde Roldán llama a Gualterio de Ulmo, y le dice:

-Tomad mil franceses de Francia, nuestra tierra, y ocupad las cimas y los desfiladeros para que el emperador no pierda uno solo de los hombres que con él están.

-Por vos bien debo hacerlo -responde Gualterio. Y con mil franceses de Francia que es su tierra, Gualterio sale de filas y va por cumbres y gargantas. Nadie se atreverá a bajar, aunque lleguen las peores nuevas, sin que setecientas espadas hayan sido desenvainadas. En este día se libró una dura batalla con el rey Almarís, del país de Balferna.

## LXVI

Altos son los montes y tenebrosos los valles. Ásperas las rocas, siniestros los desfiladeros. Este mismo día, los franceses los pasaron con gran quebranto. A quince leguas se escucha su marcha. Cuando llegan a la tierra de sus mayores y divisan la Gascuña, dominio de su señor, se acuerdan de sus feudos, de sus doncellas y de sus nobles mujeres. No hay quien no lllore de ternura. Y sobre todos los demás, Carlos está lleno de angustia: en los puertos de España ha dejado a su sobrino. La piedad le agobia, y no puede contener su llanto.

## LXVII

Los doce Pares han quedado en España; en su compañía, veinte mil franceses; todos sin miedo y sin temor a la muerte. El emperador se tornó a Francia. Oculta bajo el manto su angustia. Junto a él cabalga el duque Naimón, que le dice:

-¿Qué os atormenta?

-Quien lo pregunta me ofende -responde Carlomagno-. Es tan honda mi cuita que no puedo callarla. Sé que Francia ha de ser destruida por Ganelón. Una visión tuve esta noche, de parte de un ángel: entre mis puños, Ganelón rompía mi lanza. Ved que fue él quien designó a mi sobrino para mandar la retaguardia. En marca extranjera le he dejado. ¡Dios! Si le pierdo, no tendré quien lo reemplace.

## LXVIII

Carlomagno llora, sin poder reprimirse. Cien mil franceses se enternecen y temen por Roldán, poseídos de un extraño miedo. Ganelón, el fementido, le traicionó. Ha recibido del monarca infiel grandes dones, oro y plata, mantos y vestidos de seda, mulos y caballos, camellos y leones. Marsil ha enviado desde España a sus barones, condes, vizcondes, duques, emires, generales y a los hijos de los contores. En tres días ha juntado cuatrocientos mil hombres. Redoblan en Zaragoza los tambores. En la torre más alta yerguen a Mahoma, y cada infiel le reza y adora. Después, a marchas forzadas, cabalgan todos por la Cerdeña. Cruzan los valles y los montes, y en fin avizoran los gonfalones de los de Francia. La retaguardia de los doce compañeros no dejará de aceptar la batalla.

## LXIX

El sobrino de Marsil se adelanta montado en un mulo, a quien azuca con un bastón. Y dice a su tío, riendo graciosamente:

-Hermoso rey y señor: largamente os he servido, y por todo salario recibí penas y tormentos. ¡Cuántas batallas he librado y ganado! Otorgadme un feudo: el galardón de asestar contra Roldán el primer golpe. He de matarlo con mi tajante espada. Si Mahoma quiere velar por mí, yo libertaré a todas las comarcas de España, desde los puertos hasta Durestant. A Carlos le rendirá la fatiga. Los franceses se regresarán; no tendréis más guerra en toda vuestra vida.

El rey Marsil en señal le ha dado el guante.

## LXX

El sobrino de Marsil tiene el guante en el puño, y dice a su tío con palabra fiera:

-Buen rey y señor: gran don me hicisteis. Ahora elegidme doce de vuestros barones. Con ellos combatiré a los doce Pares.

El primero que acepta es Falsarón, que era hermano del rey Marsil, y dice:

-Señor sobrino: vos y yo iremos a esta batalla, y le daremos buen remate. Será atacada la retaguardia de la gran hueste de Carlos. Es cosa juzgada: nosotros los mataremos.

## LXXI

De otra parte llega el rey Corsablín. Es de Berbería y conoce las artes maléficas. Habla como un noble barón; por todo el oro de Dios no quiere cometer una cobardía. Malprimis de Berbegal viene al galope; de correr a pie, sería más veloz que un caballo. Ante Marsil clama con voz muy alta:

Apersonado en Roncesvalles, si allí encuentro a Roldán, yo sabré humillarlo.

## LXXII

Un emir hay allí de Balaguer. Es su cuerpo muy gentil, y su rostro arrojado y sereno. Una vez montado en la silla, se hace fiero bajo la armadura. Por su valor es ya muy afamado. Noble varón si fuera cristiano. Ante Marsil, exclama:

-A Roncesvalles iré a jugarme el cuerpo. Si allí encuentro a Roldán, es muerto. Y muerto Oliveros y todos los doce Pares y muertos todos los franceses con gran duelo y gran vileza. Carlos el Grande es ya viejo. Desatina. Tendrá bastante con mantener la guerra. España nos quedará libre.

El rey Marsil bien le da sus gracias.

## LXXIII

Allí está un almanzor de Moriana. No hay otro más felón en las tierras de España. Ante Marsil hace gala de sus balandronadas:

-Yo llevaré mi gente a Roncesvalles. Son veinte mil hombres con escudos y con lanzas. Si encuentro a Roldán, es muerto. Juro matarlo por mi fe. No habrá ya día en que Carlos no haya de lamentarse.

## LXXIV

He aquí a Turgis de Tórtoles. Es conde, y la ciudad de Tórtoles es suya. Mala muerte desea a los cristianos. Se pone ante Marsil, junto a los otros, y dice al rey:

-¡Nada temáis! Más vale Mahoma que San Pedro de Roma. Si le servís, quedará el honor del campo por nosotros. Buscaré a Roldán en Roncesvalles, y nadie podrá protegerle contra la muerte. Ved mi espada, que es buena y larga. Quiero ensayarla contra Durandarte. ¿Cuál quedará humillada? Habréis de oírlo muy pronto. Fenecerán los franceses si contra nosotros se aventuran. Para Carlos el Viejo esto será duelo y afrenta. Jamás sobre la tierra llevará corona alguna.

## LXXV

Viene por otro costado Escremis de Valtierra. Es sarraceno, y Valtierra es su feudo. Ante Marsil exclama, entre la multitud:

-A Roncesvalles voy, para abatir el orgullo. Si encuentro a Roldán, no saldrá con su cabeza, ni Oliveros, aquel que manda en los demás. Todos los doce Pares están emplazados ya para perecer. Los franceses morirán, la Francia se verá vacía de ellos, y Carlos en penuria de buenos vasallos.

## LXXVI

Hay en otra parte un pagano, Estercuel, y con él Tamarite, un su compañero, los dos felones y probados traidores. Marsil les dice:

-¡Avanzad, señores! Iréis a Roncesvalles, a cruzar los puertos, y ayudaréis a conducir mi gente.

-¡Señor, bajo vuestro mandato! -responden ambos-. Atacaremos a Roldán y a Oliveros. Contra la muerte nada pueden los doce Pares. Nuestras espadas son buenas y tajantes. Las haremos rojas de sangre caliente. Morirán los franceses, y Carlos les llorará. Os daremos la tierra de los antepasados. Venid allí, rey; en verdad lo veréis: os daremos al mismo emperador.

### LXXVII

Llega corriendo Margaris de Sevil. Es suya aquella tierra hasta las Cazmarinas. Por su belleza las damas le son amigas, y ninguna hay que, al verlo, no se alegre y sonría. No hay infiel que sea tan buen caballero. Viene entre la multitud y por encima del rumor grita al rey:

-No temáis. A Roncevalles iré a matar a Roldán. Tampoco salvará su vida Oliveros y los doce Pares quedarán para su martirio. Ved mi espada de pomo de oro: el emir de Premirán me la envió. En sangre bermeja, os juro, he de sumergirla. Morirán los franceses. Francia sufrirá por ellos gran afrenta. Carlos el Viejo, el de la barba florida, ha de tener, cada día que viva, duelo y enojo. Antes de un año tendremos a Francia por botín y un lecho en el burgo de San Dionisio.

El rey infiel se inclina ante él, profundamente.

### LXXVIII

Por otro lado llega Chernublo de Monegros, cuya cabellera barre la tierra. Puede, como jugando, envanecerse cuando está de humor de llevar un peso mayor que cuatro mulos bien albardados. Se cuenta que en el país donde ha nacido nunca brilla el sol, no crece el trigo, la lluvia no cae y no cuaja el rocío. No hay piedra que no sea toda ella negra. Y muchos dicen que allí mean los diablos. Chernublo dice:

-Me he ceñido mi buena espada; en Roncesvalles la teñiré de rojo. Si en mi camino encuentro a Roldán el esforzado y no le acometo, no lo creáis jamás. Con mi espada conquistaré a Durandarte, morirán los franceses y Francia quedará desierta.

A estas palabras, los doce Pares se juntan. Con ellos llevan cien mil sarracenos, ansían, arden por combatir. Y bajo un pinar van a armarse.

### LXXIX

Los infieles se arman con sus cotas sarracenas, casi todas de tres espesas capas de malla; se atan sus buenos yelmos de Zaragoza, y se ciñen espadas de acero vienés. Poseen ricos escudos, y lanzas valencianas, y gonfalones blancos, azules y bermejos. Abandonan su mulos y palafreñes y montan en corceles, cabalgando en filas cerradas.

Claro es el día y bello es el sol. No hay armadura que toda no centellee. Mil clarines suenan para

que todo sea más bello. Es grande el estruendo. Lo oyen los franceses, y Oliveros dice:

-Señor compañero. Pienso que habremos contienda con los sarracenos.

Responde Roldán: -¡Oh! ¡que Dios nos la conceda! Es deber nuestro sostenernos aquí por nuestro rey. Por el señor debemos soportar toda desgracia y sufrir grandes calores y grandes fríos, y aun perder cuero y pelo. ¡Que cada uno se emplee en asestar recios mandobles, para que no se cante de nosotros un mal cantar! El entuerto es de los infieles; de los cristianos el derecho. ¡De mí no habrá nunca mal ejemplo!

### LXXX

A un altillo ha subido Oliveros. Mira a la derecha, y ve avanzar por un verde valle al ejército de los infieles. Llama a Roldán, su compañero, y le dice:

-¡Del lado de España veo llegar tal rumor, tantas lorigas que brillan, tantos yelmos que flamean! Estos pondrán a nuestros franceses en gran angustia. Ganelón lo sabía, el vil, el felón, el traidor, por quien fuimos elegidos ante el emperador.

-Callad, Oliveros -responde Roldán-. Es mi padrastro. No quiero de él digas palabra.

### LXXXI

A un altillo ha subido Oliveros. Desde allí contempla en plenitud el reino de España y a los sarracenos, que se han juntado en tan grande masa. Fulguran los yelmos con gemas engastadas en oro, y las adargas y las cotas brillantes, y las lanzas con los gonfalones sujetos a los hierros. No logra contar los cuerpos de batalla. Son tantos, que no podría llevar la cuenta. Oliveros queda turbado. Apresurándose cuanto puede, baja de la altura y se acerca a los franceses para contarles lo que ha visto.

### LXXXII

Dice Oliveros:

-He visto a los infieles. Jamás hombre sobre la tierra vio tantos. Habrá ante nosotros unos cien mil, escudo al brazo, sujeto el yelmo, vestida la blanca loriga. Y brillan sus lanzas negras, con el asta erguida. Tendréis batalla como no la hubo jamás. ¡Señores franceses, que Dios os dé su fortaleza! ¡Resistid firmemente para que no seamos vencidos!

-¡Maldito sea el que huya! -dicen los franceses-. ¡Nadie os ha de flaquear hasta la muerte!

### LXXXIII

Dice Oliveros:

-Los paganos se muestran fuertes, y nuestros franceses me parecen bien pocos. Roldán, mi compañero, haced sonar el cuerno. Carlos lo oirá y retornarán las huestes.

-Sería obrar como loco -responde Roldán-. En la dulce Francia perdería mi renombre. No tardará Durandarte en asestar grandes golpes. Su hoja se empapará de sangre hasta el oro de la guarda. Los traidores infieles han llegado a los puertos para desdicha suya. Os juro que a todos ha marcado ya la muerte.

## LXXXIV

-¡Roldán, mi compañero, tañed el olifante! Carlos lo escuchará y regresarán los ejércitos. Y nos socorrerá con todos sus barones.

Roldán responde:

-¡No quiera Dios que por mí sean mis padres afrentados, y que la dulce Francia caiga en tal menoscabo! He de golpear fuerte con Durandarte, mi buena espada que tengo ceñida al costado. Vais a ver su hoja ensangrentada. Los felones paganos se han juntado para su misma perdición. Yo os lo juro que todos están ya entregados a la muerte.

## LXXXV

-¡Roldán, mi compañero, tañed vuestro olifante! Carlos lo oirá, porque pasa ahora los puertos. Yo os lo juro. Regresarán los franceses.

-¡No quiera Dios -responde Roldán-, que jamás hombre alguno diga que por los paganos haya yo hecho tañer el corno! Nunca podrán echarme en cara esto los míos. Cuando entre en la gran batalla, yo asestaré mil golpes, y setecientos, y veréis ensangrentado el acero de Durandarte. Los franceses son audaces y lucharán con valor. Los de España no podrán escaparse de la muerte.

## LXXXVI

-¿Por qué habéis de quedar deshonrado? -dice Oliveros-. He visto a los sarracenos de España. Cubren los valles, los montes, las landas y todos los llanos. ¡Grandes son los ejércitos de esta casta extranjera y bien menguadas nuestras fuerzas!

-¡Así crece mi ardor! -responde Roldán-. ¡No quiera Dios Nuestro Señor ni sus ángeles que por mi causa Francia pierda su valor! ¡Prefiero morir que caer en la vergüenza! ¡Cuántos más golpes demos, más nos amará el emperador!

## LXXXVII

Roldán es bravo, y Oliveros es prudente. Ambos son de prodigioso valor. Una vez a caballo, y en armas, jamás por miedo a la muerte esquivarán una batalla. Buenos son los dos condes, y altivas sus palabras. Los infieles traidores galopan furiosamente. Oliveros dice:

-¡Mirad, Roldán! ¡Estos andan muy cerca de nosotros; mas Carlos está demasiado lejos! No os habéis dignado tañer el olifante, y si el rey estuviese aquí, no nos amargaría tal peligro. Mirad hacia arriba, hacia

los puertos de España, podréis ver un ejército digno de piedad. Quien hoy formó la retaguardia, jamás la formará otra vez.

-¡No habléis tan locamente! -responde Roldán-. ¡Maldito el corazón que en el pecho se acobarde! Resistiremos con firmeza en nuestro puerto. Seremos nosotros quienes mandemos en justas y refriegas.

## LXXXVIII

Al ver Roldán que habrá batalla, se torna más fiero que el leopardo o el león. E interpela a sus francos y a Oliveros:

-¡Señor compañero, amigo, no habléis de esta manera! El emperador que nos dejó franceses, nos ha escogido estos veinte mil, y sabía que ninguno de ellos era cobarde. Por su señor deben soportar grandes males, sufrir grandes calores y grandes fríos, perder sangre y carne. Golpead con vuestra lanza y yo con Durandarte, mi buena espada que el rey me ha donado. Si yo muero, el que la tenga podrá decir:

-Ésta fue la espada de un noble vasallo.

## LXXXIX

Por otra parte, he aquí al arzobispo Turpín. Monta y espolea a su corcel, y sube a una colina yerma desde donde llama a los franceses y los sermonea:

-Señores barones -dice-: Aquí nos dejó Carlos. Por nuestro rey debemos bien morir, ayudada a sostener a la cristiandad. Tendréis batalla, podéis estar seguros, pues con vuestros propios ojos habéis visto a los sarracenos. Pedid a Dios el perdón. Yo os absolveré para sanar vuestras almas. Si morís, seréis santos mártires, y os serán reservados sitios en el más alto paraíso.

Los francos desmontan y se postran en tierra. Y el arzobispo, en nombre de Dios, los ha bendecido. Por penitencia les manda acometer.

## XC

Los francos se alzan y se ponen en pie. Bien absueltos quedan, limpios de sus pecados, y el arzobispo, en nombre de Dios, los ha bendecido. Montan de nuevo en sus veloces corceles. Armados están como cumple a caballeros, y bien aderezados para la batalla. El conde Roldán llama a Oliveros, y le dice:

-Señor compañero. Bien dijisteis. Ganelón nos ha traicionado. Por ello recibió su salario en oro, en riquezas y en dineros. ¡Pueda el emperador vengarnos! El rey Marsil nos ha comprado por trato. ¡Pero la mercancía sólo la tendrá por la espada!

## XCI

Los puertos de España, Roldán pasa montado en Vigilante, su caballo, buen corredor. Se ha revestido de sus armas, que le sientan muy bien, y se va blandiendo su lanza. Apúntala contra el cielo, y hay